

MEMORIAS URBANAS Y DIAGNÓSTICO DEL PATRIMONIO URBANO DE LA CIUDAD DE BARRANQUILLA: ESTRATEGIAS PARA SU APROPIACIÓN SOCIAL

URBAN MEMORIES AND DIAGNOSIS OF THE URBAN PATRIMONY
OF THE CITY OF BARRANQUILLA: STRATEGIES FOR ITS SOCIAL
APPROPRIATION

CHRISTIAN JAVIER MALDONADO BADRÁN

Historiador (Universidad del Atlántico)

Master en Histoire, Histoire de l'art et Archéologie, spécialité Gestion et Conservation du patrimoine mobilier

Magister en Ciencias Humanas y Sociales

Doctorante en Historia y Estudios Humanísticos (Universidad Pablo de Olavide. Sevilla España)

Docente Universidad del Atlántico. Facultad de Arquitectura (Barranquilla, Colombia).

Christianmal23@gmail.com

p., 32-38

DOI: <http://dx.doi.org/10.15665/ad.v13i2.1247>

RESUMEN

El presente texto analiza las estrategias que podrían generarse para crear una apropiación social del patrimonio urbano, tomando como elemento clave las memorias recogidas desde los testimonios orales de las personas que diariamente habitan y conviven en esos espacios. Para tal tarea se propone un abordaje de dichas experiencias desde el mapeo mental de dicho espacio, apelando a la propuesta de Kevin Lynch sobre la construcción de la imagen de urbana, acompañada de los testimonios de los individuos que habitan y trabajan en esos escenarios, que recogidos constituyen parte de la memoria urbana del lugar. Se toma como estudio el Centro histórico de la ciudad de Barranquilla, el cual es objeto de análisis de una tesis doctoral que actualmente desarrollo y que irá en torno al proceso de patrimonialización de este escenario entre los años 1980 - 2010.

PALABRAS CLAVES

Memoria, memoria urbana, apropiación social, patrimonio urbano, centro histórico.

ABSTRACT

The present paper analyzes the strategies that could be generated to create a social appropriation of the urban patrimony, taking as a key element the collective memory from the oral testimonies of the people who live in these spaces daily. For this task it is proposed an approach of such experiences from the mental mapping of this space, appealing to the proposal of Kevin Lynch on the construction of the urban image, accompanied by the testimonies of the individuals who inhabit and work in those scenarios, who collected constitute part of the urban memory of the place. The historical center of the city of Barranquilla is taken as a study, which is the object of an analysis of a doctoral thesis that is currently being developed and will be based on the patrimonialisation process of this scenario between 1980 and 2010.

KEY WORDS

Memory, urban memory, social appropriation, urban patrimony, historical center.

INTRODUCCIÓN

En el presente texto abordamos el concepto de memorias urbanas y la relación que éstas tienen con la valoración y valorización del patrimonio urbano. Entendiendo que el patrimonio se construye desde el presente y por las necesidades de la sociedad de recuperar su pasado frente a las urgencias y problemáticas que supone la globalización y homogenización cultural, las experiencias presentes y pasadas de quienes habitan y viven la ciudad son de suma importancia para su comprensión y gestión integral. En primer lugar, porque consideramos en las presentes líneas que el patrimonio más que la materialidad (edificaciones, monumentos, trazados urbanos) es el conjunto de las vivencias y experiencias que se configuran en el espacio; se mezclan así el valor de la historia registrada como marcas territoriales (Fabri, 2010) y el valor simbólico – histórico de las experiencias de los individuos que viven y habitan dicho espacio. En otras palabras, se establece una relación entre las personas y el lugar que construyen (Augé, 2008).

Comprendemos el patrimonio como aquel conjunto de bienes materiales e inmateriales que portan identidad a un grupo social. Para el caso que nos ocupa, nos interesa más el patrimonio perceptible, es decir edificado, tanto en lo singular como en lo plural. Este último quizás más rico en cuanto a su estudio por tratarse de complejos urbanísticos, barrios y centros históricos en donde su transformación a lo largo del tiempo ha estado aparejada a las relaciones sociales, políticas y culturales que allí se han tejido y que se han modificado con y en el tiempo. En este sentido, el patrimonio se establece como un lugar antropológico al estar supeditado a los intereses sociales (relaciones entre los individuos).

Según lo define Augé (2008), el lugar antropológico se caracteriza por poseer tres características que en su conjunto le dan su especificidad: histórico, relacional e identitario. Esto quiere decir que para que un espacio se transforme en un lugar debe tener unos rasgos históricos que definan una identidad, y en él deben establecerse unas relaciones sociales que estén mediadas por la identificación al espacio y sus características que permitan a los individuos relacionarse con él, es decir, que les signifique algo.

Partiendo de esta idea se comprende el patrimonio circunscrito a un lugar antropológico, no pudiendo existir por fuera de él, ya que al no cumplirse alguna de las condiciones antes mencionadas en vez de un lugar se configura un no lugar, donde las relaciones con el espacio son carentes de todo sentido.

En el centro histórico de la ciudad de Barranquilla, las relaciones entre él y su pasado parecen no ser muy fuertes y reconocibles. Como consecuencia se ha legitimado una imagen del pasado en donde la materialidad que da forma al paisaje urbano prima sobre las relaciones y cotidianidades que allí se han construido a lo largo del tiempo y que se expresan en su morfología social (Lefebvre, 1978) presente, y que en este texto consideramos que son de suma importancia para comprender al patrimonio en su conjunto. Debido a que no se puede separar lo material de lo inmaterial, pues éste último componente permite llenar de sentido al espacio construido y habitado; en las relaciones que se establecen entre los individuos y las estructuras se determina el sentido y valor del espacio, transformándolo en un lugar.

Partiendo de la anterior hipótesis, consideramos que el patrimonio urbano de la ciudad de Barranquilla y la carencia en su apropiación social, es el resultado de la desconexión entre los dos componentes antes mencionados. Ante esto, proponemos un abordaje del patrimonio que rescate su inmaterialidad y esencia, la cual consideramos que es posible encontrarla en las vivencias y experiencias de quienes viven, habitan y conviven en el centro histórico de la ciudad de Barranquilla. Esta propuesta hace parte de una serie de estrategias que hacen parte de una investigación doctoral cuyo tema central es el estudio del proceso de patrimonialización del centro histórico de la ciudad de Barranquilla entre los años 1980 – 2010, y que tienen como finalidad reconstruir la memoria de dicho proceso desde las voces de quienes lo habitan y lo viven.

Consideramos que el cúmulo de estas experiencias le regresarían la parte histórico - social al patrimonio, una historia que no permanezca estática y perceptible en los edificios históricos que lo decoran. En este sentido, la historia oral y la memoria serían las herramientas utilizadas para hacer visibles las experiencias y vivencias que le dan sentido y significado al espacio habitado.

EL PATRIMONIO URBANO Y LA PERCEPCIÓN DE LA CIUDAD

La vida en la ciudad se determina por los itinerarios que las personas construyen en su cotidianidad; su-peditados por la jerarquía existente entre lugares y espacios como consecuencia del desarrollo de actividades económicas, políticas, culturales y lúdicas, se han desplazado a distintos escenarios considerados de mayor valía, conllevando a relegar otros. Esto ha hecho que el centro de la ciudad se convierta en un escenario de paso en el que, si bien se llevan a cabo actividades comerciales, en su trasfondo carece de importancia para la mayor parte de las personas puesto que se establece, según lo denomina Maccannell (2003), para el caso del turismo urbano, como la parte trasera de la ciudad: aquella que se invisibiliza como consecuencia de la promoción y apropiación de otros escenarios urbanos.

Este caso del turismo, si bien no es el objeto de estudio de este texto, sirve para ejemplificar la problemática que hemos planteado referente a la apropiación de los espacios y escenarios de la ciudad, los cuales están mediados por los imaginarios y referentes que las personas se hacen en el vivir diario, condicionados por las ideas y discursos de ciudad que se promulgan desde las entidades que piensan la urbe (Aragón, 2013). Es decir que las instituciones que incentivan el turismo urbano, venden a los foráneos la "ciudad" como un conglomerado turístico desde las singularidades que la constituyen, por el nivel jerárquico que se le ha atribuido a estas. Sin embargo, esta forma de concebir de la urbe va aparejada a la forma en que se concibe por los mismos locales, también mediados por las impresiones y los discursos.

En este fenómeno intervienen también los significados que se le atribuyen a la ciudad, transversales a los imaginarios que se tienen de ella. Estos son de dos órdenes: imaginarios de ciudad e imaginarios urbanos. Los primeros se refieren a la forma como se percibe la ciudad (física, social y cultural) por parte del observador, y que se puede construir desde el relato y el discurso, mientras que los segundos se refieren a la manera como se percibe la ciudad desde su morfología y desarrollo físico. Lo que quiere decir que no son necesariamente compatibles debido a que se entiende que existen discursos de ciudad

que se sustentan en lo que perciben o quieren percibirse, sin ningún tipo de relación, en algunos casos, con el imaginario urbano constituido de experiencias y vivencias de los individuos en la práctica de su cotidianidad. Sin embargo, es común que el imaginario de primer orden (ciudad) condicione al segundo (urbano) estableciendo itinerarios "obligados" en los transeúntes, especialmente en lo que se refiere experiencias "satisfactorias" en la ciudad.

El patrimonio urbano de la ciudad de Barranquilla (Centro Histórico) ejemplifica esta dualidad vivencial de la urbe. Primeramente porque como consecuencia del proceso de decadencia que sufrió a partir de los años setenta permanece hoy en día –a pesar de las labores de redirección cultural que se han venido realizando en los últimos años- la imagen de un espacio insalubre y con problemas de inseguridad afecta la apropiación social del mismo. En segundo lugar, el patrimonio se ha enmarcado en el imaginario de ciudad que condensa una historia en común, nada paralela al imaginario urbano del mismo. Esto quiere decir que en el proceso de recuperación del Centro Histórico los relatos y los discursos sobre la historia de la ciudad, expresada en su materialidad (inmuebles, plazas y calles), y las estrategias que se han dirigido a su recuperación, han dejado de lado su componente social (experiencias, vivencias de quienes lo habitan). Por lo tanto, existe una desconexión entre los dos tipos de imaginarios que configuran la imagen de la ciudad, llevando en muchas ocasiones a que predominen las narrativas por sobre las experiencias, las cuales reproducen imaginarios y ficciones o, en su defecto, la no totalidad de la realidad.

En otras palabras, como lo define Aragón (Aragón, 2013):

(...) imaginarios de la ciudad o imaginarios urbanos, donde los primeros se presentan en el nivel de lo simbólico/ significado, sin la medición del significante, para dotar de sentido la comunicación entre los observadores, pues se construye a partir de la imagen que se tiene sobre los espacios de la ciudad y no es necesario estar inmerso en los significantes urbanos (característica morfología del sitio) para llevar a cabo una narrativa. Esto hace posible que el significado de ciudad se pueda construir a través de la palabra (oral o

escrita), que deja a un lado la imagen que se tenga en la realidad, y genera discursos que pueden pertenecer al orden de lo imaginario y lo fantástico (...) (p. 74)

Trasladando estos análisis al estudio que nos ocupa, podemos considerar el patrimonio urbano de la ciudad de Barranquilla como constituyente del imaginario de ciudad que se aleja de la realidad del espacio en el que se circunscribe (entendida como diálogo entre los dos tipos de imaginarios), y que legitima versiones del pasado que se anclan en tan solo una un fragmento de todo el entramado que lo compone. Es decir que el patrimonio y el pasado que vehicula al presente no se conforman únicamente de la materialidad que es perceptible a los ojos de los espectadores, sino también de la inmaterialidad que se esconde en las experiencias, vivencias y testimonios de quienes habitan y conviven con él. Puesto que el espacio se llena de sentido y significado a partir de las relaciones que en él se establecen y que configuran la imagen la urbana, entendida finalmente como el cúmulo de percepciones y significados que le atribuyen los individuos.

DE LA HISTORIA ORAL A LA MEMORIA COMO ESTRATEGIA DE APROPIACIÓN SOCIAL DEL PATRIMONIO

La ciudad de Barranquilla cuenta dos centros urbanos declarados bienes de interés cultural del ámbito nacional, denominación que reciben los bienes que son considerados patrimonio de la nación. El Centro histórico de la ciudad y el Barrio El Prado son en la actualidad conglomerados urbanos en los cuales se considera que radica la identidad urbana. El primero como centro del desarrollo urbano y comercial de la urbe, alberga una cantidad de edificaciones de diferentes estilos arquitectónicos que, denotan distintos momentos de su historia; desde el republicano o neoclásico de finales del siglo XIX, pasando por el Art Deco de inicios del siglo XX, hasta el moderno de los años 1950. El centro de Barranquilla es una radiografía de una ciudad impulsada por el comercio y la industria de la mano de un grupo de inmigrantes de distintas nacionalidades. Con el paso del tiempo, dichas edificaciones se han convertido en marcas territoriales (Fabri, 2010) que dan cuenta de esos procesos. Ahora bien, el segundo caso denota la construcción ordenada de un barrio en lo que en su momento sería

las “afueras de la ciudad”, un proyecto en el que estaría vinculada la élite de la urbe. Los estilos arquitectónicos que se perciben en este escenario pasan por el neoclásico, hasta llegar al ecléctico. La diversidad de estilos se entiende por la formación de los arquitectos a quienes se les encargaron las construcciones; la mayor parte fueron llegando del exterior, mientras que los nacionales fueron educados por fuera.

Estos elementos históricos, que hemos referenciado muy sucintamente, validan a estos núcleos urbanos como patrimonio de la ciudad y del país. Definición que se acoge a las determinaciones y disposiciones de instituciones como la UNESCO y el Ministerio de Cultura de Colombia, que dan prioridad a la morfología física y menos a la social (Ley 1185 de 2008). De esta forma, se le da más importancia a la recuperación física del espacio y al aprovechamiento de éste. Aquí el patrimonio se define por la espacialidad transformada y lo que ésta denota para un grupo de personas quienes tienen los códigos para interpretarlo y darle significado y sentido.

El pasado que denota el patrimonio y que busca hacer presente es estático y carente de todo sentido social, o como preferimos denominar, apropiación social. En primer lugar porque sólo son marcas en el territorio que, si bien albergan en su “interior” un pasado y unas historias, no dejan de ser considerados como hitos carentes de todo sentido que, a lo sumo, servirán como referentes del espacio. Es decir que, los inmuebles patrimoniales como hitos de la ciudad cumplen una función de referentes en el espacio, más no crean una identidad compartida, especialmente si se tiene en cuenta que cada individuo o el conjunto de estos viven la ciudad a partir de los itinerarios que ellos construyen en su habitar: el nivel de apropiación depende de la imagen urbana que los individuos se hacen.

Lo anterior si se tiene en cuenta que la imagen urbana es el conjunto de la percepción presente y de las experiencias acumuladas (Lynch, 2008), y a que la vida en el centro se limita a un transitar, nos atrevemos a decir que dicha apropiación social se ve rezagada ante la importancia que adquieren los inmuebles y los espacios sobre las vivencias, experiencias y percepciones sociales, lo que hace del “vivir” el centro, un ejercicio efímero.

Nos referimos en este punto a las personas para quienes el centro histórico es un espacio de tránsito. Sin embargo, para aquellos quienes lo habitan, sea porque laboran o viven en él, adquiere otro significado que va más allá del paso fugaz. Las vivencias y experiencias de estos individuos le dan un sentido al habitar, se mezclan las experiencias con el espacio y la materialidad que lo decora adquiere un significado mucho más profundo que el estilo que denota un periodo. El patrimonio y sus componentes se convierten en verdaderos lugares de memoria (Nora, 2009) por la complicidad que se establece entre las personas y el entorno, que llena de sentido y significado al espacio. Pasando por las subjetividades propias de las experiencias individuales y colectivas, al patrimonio se le atribuye nuevas interpretaciones que contribuyen a replantear la forma en que éste crea identidad. Teniendo en cuenta que la identidad es mutable e incluso negociable cuando hay de por medio elementos que supeditan su configuración, como es el caso del patrimonio que se modifica con y en el tiempo (García, 2012)

Francois Hartog (2011) en un texto denominado el testigo y el historiador muestra el papel que juega el testigo como informante de un pasado que ha vivido, visto o escuchado. El individuo que testimonia se encuentra en medio de un pasado que ha pasado con y en él, por lo tanto es fuente directa de los procesos y transformaciones en el tiempo de ciertos acontecimientos. Esto hace que el ejercicio de testimoniar adquiere gran valor, especialmente hoy en día cuando asistimos al boom de la memoria, como lo denominaría Huyssen (2002) puesto que quien vehicula el testimonio se legitima como portador en los escenarios públicos del pasado.

Ante esto, y partiendo de las preguntas que planteamos al inicio del escrito, creemos que a partir del rescate de las experiencias y vivencias, así como de los testimonios de personas que han sido testigos de las transformaciones del centro histórico de la ciudad, se podría propiciar una apropiación social del patrimonio. Los individuos que día a día ejercen su cotidianidad en el centro, y que en la mayor parte ha sido sostenida en el tiempo, hacen de su testimonio relicario de un pasado que hay que conservar y dar a conocer. En este caso, ellos como testigos pueden hacer presente el pasado, y así como todo bien material, obje-

to que da cuenta del tiempo pretérito, el testimonio de boca del testigo puede generar otras formas de comprender el pasado desde sus subjetividades, las cuales finalmente pueden llegar a cruzarse con las de otros testigos y contribuir a crear una memoria colectiva que complemente el pasado que evocan los edificios y construcciones emblemáticas.

Recopilar las experiencias y vivencias y vehicularlas al espacio público –en este caso como narrativas alternas y complementarias a aquellas que se han impuesto desde la administración distrital- permitiría llenar de nuevos significados al patrimonio urbano que compone al centro de la ciudad. Significados que divulgados de forma estratégica a partir de herramientas pedagógicas e incluyendo lograrían una apropiación social de los elementos materiales y simbólicos que le confieren especificidad e identidad al entorno.

LOS TESTIMONIOS ORALES Y LAS MEMORIAS URBANAS COMO PATRIMONIO INMATERIAL.

El patrimonio inmaterial, según lo argumenta la UNESCO, alberga el conjunto de saberes y prácticas que no son tangibles en sí, es decir que no son bienes materiales, pero que son propios de una comunidad pues en ellos radica la identidad. Este por lo tanto, se compone de la oralidad, entendida esta como mecanismo de transmisión de conocimientos y saberes⁴. En esta definición subyace un elemento importante: el presente. Toda manifestación cultural no tangible se entiende como un acumulado de experiencias que en el transcurrir del tiempo se han modificado, encontrando en el momento actual, cuando se activa, su funcionalidad. Da sentido a un conjunto de experiencias previas que definen la identidad del grupo que lo acoge.

La oralidad, por lo tanto, cumple una función importante en la configuración de la identidad presente de un colectivo: a partir de su transmisión es posible transportar en el tiempo los elementos que la constituyen.

El cúmulo de testimonios orales hacen presente las formas de percibir el espacio, en relación al tiempo. Esto permite que las experiencias y vivencias de las

⁴ <http://www.unesco.org/culture/ich/es/que-es-el-patrimonio-inmaterial-00003> Consultado Julio 12 de 2016.

personas que componen la parte social del centro histórico devengan en fuente importante del conocimiento del patrimonio, puesto que a través de sus testimonios y recuerdos es posible conocer las transformaciones políticas, culturales y sociales que se han dado en el espacio. Las cuales, una vez que se divulguen harán parte de un patrimonio inmaterial que sustenta la materialidad del mismo.

En este sentido, el testimoniar no sería ya un ejercicio de decir y relatar qué pasó para dar sustento a unas historias que se enraizan en los inmuebles y construcciones, por el contrario, se convierte en parte fundamental del complejo que se denomina patrimonio al constituirse como su componente simbólico. El cual, bajo toda lógica, debe comenzar a ser visto como un patrimonio en sí. Un patrimonio inmaterial que no puede existir sin su parte física, la cual no puede tampoco existir sin el primero. Se trata de configurar muy bien y hacer dialogar aquello que Henry Lefebvre denominó morfología material (urbana) y morfología social (Lefebvre, 1978).

En este planteamiento, sin embargo, subyace un inconveniente y es aquel de cómo hacer que los testimonios (entendidos como experiencias, percepciones y expresiones) se globalicen y logren crear una apropiación social del patrimonio que describen. La respuesta, como más arriba se planteó de manera muy resumida, parece encontrarse en las herramientas que brinda la geografía la percepción. Surgida a mediados del siglo XX, esta disciplina plantea formas de conocimiento de la ciudad y de los espacios urbanos a partir de las percepciones de los individuos que la viven y la habitan. Un componente importante de este método radica en la posibilidad de identificar los mapas mentales que cada individuo o, en su defecto un colectivo, hace de la ciudad en relación a los espacios que frecuenta. Podemos considerarlo como los itinerarios que él mismo se construye a medida que se desarrolla su cotidianidad.

Para el problema que estas páginas hemos planteado consideramos que la geografía de la percepción brinda la respuesta, principalmente porque su vigencia, como lo expresa Vara (2008):

(...) radica en su simplicidad (nacida de la observación) y su posibilidad de aplicación a

cualquier entorno urbano, además de aportar interesantes puntos de vista sobre un fenómeno aún actual como es la construcción de las ciudades y de las áreas metropolitanas (p. 374).

A partir de un mapeo colectivo del centro histórico, seríamos capaces de hacernos una imagen urbana de este espacio (recuérdese que la imagen urbana se construye de experiencias previas y presentes) que nos permita entender al patrimonio que se alberga a partir de sus transformaciones. Con testimonios, convertidos en memorias, y herramientas de construcción de la percepción, la imagen urbana del centro histórico de la ciudad de Barranquilla debería ser capaz de vehicular otras narrativas alternas a aquellas se sustentan en el desarrollo y transformaciones del espacio físico, las cuales entendidas en su conjunto generarían un análisis integral del patrimonio que nos ocupa.

Finalmente, englobadas en un sólo discurso permitirían generar una apropiación social en los ciudadanos. Puesto que más que comprender la historia diacrónicamente de los edificios que adornan el espacio, sería posible comprenderla como el resultado de un todo: lo material e inmaterial configurados en el devenir histórico del centro. En otras palabras, se debe ser capaz rescatar el patrimonio inmaterial como sostén del patrimonio material. Pues en esta dupla radica la esencia de un bien patrimonial.

CONCLUSIONES

En estas líneas hemos propuesto, a grosso modo, que el patrimonio urbano se compone no sólo de los elementos materiales que le dan forma y que son perceptibles con y en el tiempo: es la conjugación de los componentes que se ven y de aquellos que pasan desapercibidos; hablamos de las edificaciones y de las vivencias y experiencias de las personas que desarrollan su cotidianidad en dicho espacio. Por lo tanto, un abordaje de este tipo de patrimonio debe ser capaz de hacer dialogar a esos dos elementos para desentrañar la especificidad del espacio, el cual consideramos que se convierte en lugar a partir la apropiación social que allí se hace por parte de los individuos.

Rescatar las experiencias y vivencias de las personas que llenan de sentido los centros históricos se con-

vierte en un ejercicio que pasa por la memoria y la percepción espacial del espacio. Intervienen las subjetividades y la imagen urbana. Esta dupla permite crear unas narrativas históricas y relacionales sobre el patrimonio que van más allá de la identificación de los hitos urbanos, que se erigen como marcas territoriales que adornan al paisaje urbano. Un paisaje que se entiende como resultado de unas transformaciones en el tiempo.

Apelar a las formas de comprender el patrimonio desde su componente social no anula la materialidad que lo rodea. Por el contrario, permite darle mayor significado y valor, un valor intrínseco que consideramos que en la actualidad es importante rescatar. Puesto que hay que recordar que la arquitectura es la manifestación y expresión material en el territorio de los intereses sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

-Augé, Marc. (2008). Los no lugares. Espacios del anonimato, una antropología de la sobremodernidad. Editorial Gedisa, Barcelona.

-ARANGO PALACIOS, J. Milton. (2013). Los imaginarios de la ciudad desde la semiótica de segundo orden. En Romero González, Daniel., Tijerina Narvaez, Adolfo Benito., López Roldan, Horacio & Chavez, Javier., Ciudades Red: una visión desde los imaginarios urbanos (p.p. 72 – 89), España: Editorial Cuaad.

-García – Orellán, Rosa (2012). Zainak, No. 35. Pesca industrial: patrimonio inmaterial e historia oral. Imaginarios del pasado s. XX. (177 – 213). Obtenido en <http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/zainak/35/35177213.pdf> Julio 12 de 2016.

-Huysen, Andreas. (2002). En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización. Fondo de cultura económica S.A., Argentina.

-Hartog, Francois. (2011). La evidencia de la historia. Universidad iberoamericana, México.

-Fabri, Silvina (2010). Geograficando, Año 6, No. 6. Reflexionar sobre los lugares de memoria: los emplazamientos de memoria como marcas territoriales. (101 – 118). Obtenido de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4745/pr.4745.pdf Julio 15 de 2016.

-Lynch, Kevin. (2008). La imagen de la ciudad. Editorial Gustavo Gili, S.L. Barcelona.

-NORA, Pierre. (2009). Pierre Nora en les lieux de mémoire. Ediciones Trilge. Santiago de Chile.

-MACCANNELL, Dean. (2003). El turista. Una nueva teoría de la clase ociosa. Editorial Melusina, S.L. Barcelona.

-Vara Muñoz, José Luis (2008). Ería 77. Cinco décadas de geografía de la percepción. (371 – 384). Obtenido en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2927235> Julio 13 de 2015.